
CAPITULO XVII.

—Todavía la victoria del 5 de Mayo.—Regreso del General O'Horán de su expedición al Sur.—Entra en Puebla el General Antillón, á la cabeza de tropas de Guanajuato.—Zaragoza les dirige una proclama.—Voto de gracias ofrecido al General Tapia por los franceses residentes en Puebla.—Disposición del Gobierno, referente á condecoraciones quitadas al enemigo.—Proclamas de los Generales Berriozábal y Negrete.—Cartas de Taboada á este jefe y al de igual clase O'Horán, invitándolos para desertar de sus banderas, pasándose á las filas de la traición.—Enérgica y digna contestación.—Retirada de los franceses.—No se presentaron los reaccionarios en su auxilio.—Manejos diplomáticos del Ministro Doblado para impedirlo.—Incorpórase Márquez con sus chusmas al ejército invasor.—Interesante relación.—Combate de Barranca Seca.—Triste papel de los traidores.—Despéjase la incógnita.—La Intervención contaba ya con los jefes reaccionarios, y muy especialmente con el odioso Márquez.

Según tenemos dicho en el capítulo que antecede, el combate del 5 de Mayo se inició entre once y doce de la mañana; y como á las cuatro de la tarde de ese día, después de un copioso aguacero, los repiques á vuelo en los principales templos, los vítores que recorrían las calles atronando el espacio con las explosiones del entusiasmo más puro, y los alegres toques marciales de las músicas y las dianas, anunciaban á la ciudad alborozada, la retirada definitiva de los franceses y el triunfo espléndido del ejército mexicano.

Personas de todas clases y condiciones salían á las calles á participar del regocijo público y llenaban con su presencia la Plaza de Armas, donde el General Tapia, rebozando entusiasmo y júbilo, recibía plácemes, aplausos y felicitaciones: grupos de tropa, provenientes del teatro del combate, conducían prisioneros á varios zua-

vos y á varios cazadores de Vincennes, enmedio de la multitud, que ébria de gozo, se agolpaba á verlos pasar, prorrumpiendo en frenéticos vivas á la patria, á Zaragoza, al Ejército de Oriente, á Juárez y á la heroica Puebla.

Aquellos prisioneros que traían retratados en el semblante el asombro y el estupor, aumentados por las demostraciones de alegría que estaban presenciando, fueron objeto de miramientos y cuidados prolijos, tratándoseles con las atenciones y respeto que inspira el enemigo vencido, en un país culto y civilizado.

El día 6 del mismo mes, regresó de su expedición al Sur del Estado de Puebla, el General O'Horán, y por la noche entró en la ciudad el de igual clase D. Florencio Antillón, á la cabeza de una excelente brigada, formada de tropas del contingente de Guanajuato.

Zaragoza les dirigió la siguiente entusiasta proclama:

“¡Compañeros de armas!

“Os felicito por vuestra incorporación al Ejército de Oriente, y por ella me complazco, porque os conozco como á soldados valientes, instruidos y disciplinados.

“Venís á complementar las glorias adquiridas el día 5 sobre las huestes francesas que, amilanadas y abatidas, tenéis al frente fortificándose.

“Muy pronto, mis amigos, daremos otro día de gloria á la patria, y las armas del grande Guanajuato, puestas en vuestras manos, brillarán orgullosas, combatiendo por la Independencia, como lo hicieron por la Libertad y la Reforma.

“Estoy viendo en vuestras frentes todavía los laureles adquiridos en “Loma Alta,” Guadalajara, Silao y Calpulalpan, y yo os aseguro que muy pronto, también, serán ceñidas esas mismas frentes con las inmarcesibles coronas que os prepara la victoria.

“Compañeros de armas:

“¡Viva la República mexicana! ¡Viva la Independencia y la libertad de la Patria!

“Vuestro General y amigo.—I. Zaragoza.

“Cuartel General en los Remedios, á 7 de Mayo de 1862.”

Por su parte, los franceses residentes en Puebla elevaron al Ge-

que ya no tienen objeto, se apresuren á venir á nosotros; tienen en sus manos la suerte de México, el pabellón francés se ha plantado en el suelo mexicano; este pabellón no retrocederá. Que los hombres de juicio lo acojan como un pabellón amigo; que los insensatos se atrevan á atacarlo.”

Aunque hay mucho que decir acerca del anterior documento, nosotros lo analizaremos brevemente.

Por medio de una fraseología hipócrita y meramente artificial, y haciendo uso de conceptos altisonantes, se ponía de manifiesto la ambición y la perfidia malamente disfrazadas con el ropaje de la sinceridad y buena fe.

Ni México ni su Gobierno legítimo solicitaron jamás el auxilio de la Francia para dirimir sus cuestiones. El Emperador Napoleón, obrando maquiavélicamente, trató de apoderarse de los destinos de la Nación, llamando para realizar esa obra nefanda, no á los hombres sensatos y honrados, sino á los asesinos de Ocampo, de Degollado y Valle, á los ladrones de la calle de Capuchinas, es decir, á los Márquez, á los Zuloaga, á los Almonte, á los Miramón y demás repugnantes corifeos del bando reaccionario, derrotado y abatido en todo el país.

El Gobierno legítimo siempre estuvo deferente para el arreglo justo y digno de los asuntos pendientes; pero como lo que se deseaba no era el triunfo de la equidad y la justicia, sino la implantación de un orden de cosas contrario á las aspiraciones y deseos nacionales, de ahí resultó esa guerra injusta que se hizo, no á un Gobierno, como falsamente se asienta, sino á todo un pueblo que combatió denodado hasta obtener una señalada victoria.

Por lo tanto, lo único que se sacaba en limpio de la lectura del documento susodicho, era la declaración hecha con un aplomo que asombra, de que el pabellón francés *no retrocedería*,¹ y de que nadie podría creer “que el Gobierno nacido del sufragio de una de las naciones más liberales de Europa, hubiera tenido la intención, por un solo instante, de restablecer en un pueblo extranjero, antiguos abusos é instituciones que no son de este siglo;” consejo ó advertencia

1 Por lo que hace á la *no retrocesión* del pabellón francés, los acontecimientos sobrevenidos al Gobierno del llamado Imperio se encargaron de contestar de manera terrible lo falso y hasta ridículo de tal afirmación.

que nunca debieron echar en saco roto los reaccionarios traidores, pues su observancia les habría evitado la humillación y la vergüenza, y el desempeño del papel nefando de *infidentes á la patria*.

“El Manifiesto, decía un escritor notable, envuelve una declaración de guerra hecha en la forma más inusitada.

“Contradictorio en sus términos, en sus acusaciones vago, falso en sus apreciaciones, insultante en su conclusión, corrobora lo que ya han comprobado otros varios antecedentes: que la saña del Ministro Saligny y la extraña condescendencia del Almirante Jurien de la Gravière, convertido en dócil instrumento de un furioso, estaban haciendo representar á la Francia un papel ridículo, odioso é incomprensible.”

El sistema de los representantes del Emperador, era formular los cargos más terribles y permitirse las más duras calificaciones contra el Gobierno mexicano, sin aducir nunca, en comprobación de sus asertos, las constancias necesarias para darles valor. “Cuando se trata de cuestiones que pueden dar por resultado la guerra entre dos pueblos, los motivos que se aleguen para el rompimiento deben ser claros, justos, especificados é innegables:” las acusaciones vagas, los insultos gratuitos, no son más que odiosa palabrería, refugio de la mala fe, y buenos sólo para emborronar papel y embaucar la atención de los necios.

Uno de los puntos esenciales del Manifiesto era el relativo al traidor Almonte, amparado escandalosamente por la bandera francesa para conspirar contra el Gobierno y las instituciones que regían en la República; pero aun suponiendo que éste cometiera una flagrante injusticia en esa persecución contra el degenerado hijo de Morelos, los Comisarios debían haber hecho un caso omiso de esa circunstancia, pues nada los autorizaba para inmiscuirse en los actos de un Poder extranjero, y mucho menos para erigirse en sus jueces; y si este Poder faltaba á la sagrada misión que se le ha conferido por el pueblo, de administrar pronta y recta justicia, no serían los Comisarios los que debían juzgar de su conducta, pues esto equivaldría al escarnio, á la burla y á la abdicación de su poder y soberanía.

Pero el Gobierno estaba muy lejos de haber procedido en este negocio de una manera arbitraria é ilegal. Almonte era un traidor, un infidente que hacía alarde y ostentación de su crimen; pruebas

las había harto de sobra, y si á un individuo de este jaez no se le perseguía y castigaba por las autoridades legítimas, no sabemos cómo calificar ni qué nombre dar á semejante absurdo.

Los Comisarios asentaban con un desplante maravilloso, que la bandera francesa no retrocedería, y llamaban insensatos á los que se atrevieran á combatirla; como si pudiera haber nunca insensatez en repeler una invasión armada, venciendo ó muriendo en defensa de la Independencia de la patria.

Decían además, “que ningún hombre ilustrado querría creer que el Gobierno nacido del sufragio de una de las naciones más liberales de Europa, tuviera la intención, ni siquiera por un instante, de restablecer en un pueblo extranjero antiguos abusos é instituciones que no eran de este siglo;” conceptos que resultaban un sarcasmo horrible en virtud de los acontecimientos que estaban teniendo verificativo por una Intervención armada, que abusivamente tendía á cambiar las instituciones republicanas que regían en un país libre, implantando una Monarquía ridícula é imposible; y todo esto llevado á cabo por el hombre funesto que debía su elevación al trono, no á la voluntad libérrima de sus conciudadanos, sino al atentado criminal conocido en la historia con el significativo nombre de: *Golpe de Estado del 2 de Diciembre*.

También Almonte, como vulgarmente se dice, quiso echar su cuarto á espadas, y en tal virtud, el 17 de Abril expidió en Córdoba, algo como proclama ó Manifiesto, en el que exponía, entre otras cosas, “que al volver al seno de la patria no venía animado de otro sentimiento que el de contribuir á la pacificación de la República, y el de cooperar al establecimiento de un Gobierno nacional, verdaderamente de moralidad y orden que hiciera cesar para siempre la anarquía, y que diera suficientes garantías para las vidas y propiedades, tanto de nacionales como de extranjeros.

“Que ajeno á la lucha sangrienta que por tantos años devoraba el país, y que había llamado seriamente la atención de las principales potencias de Europa, su misión se reduciría á procurar la reconciliación de sus hermanos, y hacer desaparecer de ellos los odios y las desavenencias, para cuyo buen éxito no tenía ni venganzas que pedir, ni recompensas que solicitar.”

Hablaba con encomio de las miras levantadas de Napoleón respec-

to de México, y terminaba excitando á sus habitantes para que unieran sus esfuerzos á los suyos á fin de obtener ese Gobierno tal cual convenía á la índole, necesidades y creencias religiosas de la Nación.

Las proclamas anteriores y la próxima retirada de las tropas españolas y de las inglesas despejaron la incógnita, poniendo las cosas en el verdadero lugar en que los recientes acontecimientos las habían colocado: los Comisarios franceses, con un descaro inaudito, trataron de calumniar al Gobierno de México, atribuyéndole la violación por ellos cometida, de la Convención de Londres y de los tratados de la Soledad, pues en nota del 16 de Abril le decían:

“Si los infrascritos no quisieran evitar recriminaciones sin objeto como sin dignidad, nada les sería más fácil que establecer con ayuda de los hechos, que no son los representantes del Emperador los que han tratado, bajo un pretexto pueril, de eludir las negociaciones, ni tampoco que hayan venido á México para combatir las ideas de reforma y de libertad ó de independencia nacional; sino que el mismo Gobierno es quien ha despedazado con sus manos los preliminares de la Soledad, persistiendo desde el día siguiente al en que se firmó aquella convención, y con doble violencia, en entregarse cada día á los actos culpables contra las propiedades y las personas de los súbditos de S. M. I., y contra los principios más sagrados del derecho de gentes, que han acabado por obligar á las potencias aliadas á exigir su reparación por la fuerza. Los infrascritos sienten tener que añadir que otros hechos enteramente recientes, tales como el asesinato de varios soldados franceses en el camino de Veracruz y aun en los alrededores de Córdoba, proporcionan una nueva prueba de que el Gobierno mexicano no tiene ni voluntad ni poder para cumplir con las obligaciones impuestas á todo gobierno civilizado.”

A tan incalificable insulto contestó el Ministro de Relaciones en los términos siguientes:

“El Ciudadano Presidente, decía, á quien di cuenta con la referida nota, rechaza la imputación que en ella se le hace de haber faltado á los preliminares de la Soledad.

“Es de todo punto falso que haya atacado la propiedad de ningún súbdito francés, y si acaso son ciertos los asesinatos cometidos en el camino de Veracruz á Córdoba, es decir, en los puntos ocupados por

los aliados, el Gobierno ni ha tenido noticia de ellos, ni por consiguiente ha podido perseguir á los malhechores, como lo habría hecho si SS. EE. le hubieran dado de ello conocimiento. Hoy, que por primera vez se le habla de esos delitos, da orden de practicar las averiguaciones correspondientes.

“Por lo demás, pocos días después de firmados los preliminares, los señores Comisarios abrigaron á varios reos de la República, de los cuales, unos vinieron de Europa, otros estaban en Veracruz huyendo de sus jueces, y otros se han separado de las fuerzas sublevadas en que militaban, para ir á concertar de consuno el trastorno del orden público, según consta de documentos que obran en este Ministerio. Esos mismos reos se han trasladado á poblaciones sujetas al Gobierno, custodiados por fuerzas francesas, cuyos jefes han impedido á las autoridades locales el libre ejercicio de sus funciones, estipulado en los preliminares. Otros jefes franceses han llegado hasta á reducir á prisión á algunas autoridades mexicanas, amenazándolas con fusilarlas por injustos y frívolos pretextos.

“Si estos hechos, y el haber faltado á las conferencias estipuladas en los preliminares, son ó no una infracción de ellos, lo dirá la historia y lo atestiguarán los Comisarios, jefes y fuerzas inglesas y españolas, á cuya vista han pasado.”

